

material, de una animalidad robusta potentísima, exuberante y derrochadora, llega hasta nosotros como santificado por la más estrecha comunicación con lo divino, por la riquísima y perenne florecencia del sentimiento, que todo lo exalta y dignifica con una vivida y celestial luz que ciega nuestros débiles ojos, pero que a la vez reanima nuestros exangües corazones.

Para el armónico desarrollo de las regiones de la Península, á cuya prosperidad confía nuestro destino el triunfo de una España cien veces más grande que la del siglo XVI, conviene reconstituir la deslumbradora civilización árabe de Andalucía, base necesaria de su prosperidad, con los dispersos pero valiosos restos que se nos ofrecen en Córdoba, Sevilla y Granada; y esto no puede llevarse á cabo sin vulgarizar la tendencia orientalista moderna que ha de inspirar el criterio con que nues-

tras ruinas árabes deben estudiarse, para, mediante ellas, llegar al conocimiento de las artes y vida á que deben su existencia.

Desde los tiempos del asirio Sargon, cuyo palacio, según Place, es un verdadero modelo de construcciones orientales, la entrada de los alcázares la constituyeron dos fuertes torres para defensa de su puerta, pasada la cual grandes salas de eje perpendicular al central se extendían á izquierda y derecha; después el gran espacio cuadrangular y enjardinado; el patio, rodeado de enclaustrados y de salas, y una continuación de patios y habitaciones en torno de ellos, siempre en dirección del eje central, levantando sobre los almenados muros cúpulas semiesféricas y parecidas á las que hoy usan los rusos. Cuando en el siglo VII de nuestra era se desbordaron los árabes por la Mesopotamia, Asiria, Persia y Palestina, donde durante tantos siglos, y sostenidas por su-

cesivas y ricas civilizaciones, florecieron las artes de construir, se encontraron de estos palacios en Hira, Botsra, Fadmur (Palmira,) Medain, Damasco, Homs, Laodicea, Alepo, Antioquía, Kufa, Basora, Jerusalém, Teherán y otras muchas ciudades capitales de antiguos imperios.

Tal vez agregaron ellos sistemáticamente al plano de la antigua casa oriental, reproducida no sólo por los griegos, sino también por los romanos, como lo demuestran las ruinas descubiertas en Pompeya y Herculano, la por excelencia misteriosa estancia árabe, una especie de ciudadela de amplias y majestuosas proporciones que levantaron en lo más hondo de sus alcázares dominando todas las construcciones, coronadas con profusión de cúpulas y minaretes, y reflejando su elegante y austera fachada en dilatados estanques cercados de jardines.

Los palacios mudéjares que casi en ruínas

se conservan en Córdoba, y en mejor estado en algunas ciudades de su provincia y otras de las restantes de Andalucía, ofrecen los rasgos generales de los de Oriente, si se exceptúan las cúpulas y minaretes que el renacimiento y severo gusto castellano rechazaron.

En las casas particulares sustituyeron los árabes las torres que constituían la entrada de sus alcázares, y el recinto en que podía someterse á la más severa fiscalización á cuantos hubieran de penetrar en el interior, con el zaguán, una como sala neutral entre la calle y la casa, manifestación del espíritu hospitalario y receloso á la vez del Oriente, que ofrece al que llama á la puerta lugar á cubierto de la intemperie, y en el que puede ser observado al través de una mira por el que ha de optar entre franquearle la entrada ó evitar toda comunicación que no sea la de ponerse un momento al habla.

De la grata impresión que produce el zaguan árabe podrá juzgar todo el que la compare con la sentida al llamar á una de esas casas que abundan en Aragón, parte de Castilla la Vieja y NO. de España, de austerísima fachada y cerrada puerta, cuyos aldabones, si los tiene, son la señal única de que sus habitantes esperan la posibilidad de que alguien llame á sus puertas, ferradas con gruesísimos clavos. Sobre el severo vano adoveado se abre una ventana que recuerda la barbacana, desde la cual lanzan como hostil saeta el *¿Quién vive?* del castillo más que la hospitalaria salutación de bienvenida.

Frente á la puerta de entrada, en el fondo del zaguán, se halla la en que llama el visitante, y consiste hoy, en Andalucía, en una cancela labrada que permite ver desde la calle el jardín del patio, á cuyo enclaustrado se pasa inmediatamente. En Castilla, donde tantos

usos árabes se recibieron con las industrias de aquel cultísimo pueblo, esta segunda puerta, como en muchas casas de Andalucía, no se abre á las miradas del transeunte, y así debía ser en tiempo de los árabes, dados sus hábitos de reserva.

El patio es el lugar abierto al cielo, á la luz y á los vientos, donde fuentes y plantas purifican y sanean la atmósfera de la casa en torno suyo edificada. El jardín, en que la familia más modesta puede disfrutar del fortalecedor contacto de la atmósfera, y donde siempre sonríe para el atareado ciudadano algo de campesina alegría, es cuadrilongo, generalmente de dos pisos. En las pocas casas árabes ó mudéjares que quedan, sólo tiene arcadas á izquierda y derecha, presentando frente á la puerta de entrada un elevado muro, tras del que se oculta el misterio del hogar. En este caso, sólo á los enclaustrados de las cabeceras

dan las puertas de las salas que comunican con las restantes dependencias de la casa; pero en la mayoría de las construidas después de desaparecer los alarifes mudejares, el patio tiene enclaustrados por sus cuatro lados cuando debe su traza á artistas del renacimiento, por tres, dos ó uno, según los medios del que edificó y la mayor ó menor pureza con que se conservaron los recuerdos árabes y mudejares.

El patio de Córdoba es como un viejo pergamino en cuyos gastados y borrosos caracteres pudieran descifrarse muchos de los secretos de la vida de los árabes españoles, basada en una sabiduría y prosperidad que debemos reconstituir, porque se acomodan á las condiciones climatológicas y étnicas del país, que aquel sabio pueblo tuvo en cuenta para constituirlo. Es el que más conserva el sello clásico de la casa oriental; pues, á causa de la

larga decadencia de Córdoba, no han sido tan grandes como en Sevilla ó Granada las alteraciones sufridas por los edificios antiguos. No abundan en los patios de Córdoba las galerías de mármoles como en los de Sevilla, ni la profusión de muebles y barajijas modernos, que tanto desdican de la severidad arquitectónica. Reparaciones torpes han suprimido pilastriformes, adornado con filetes y molduras las severas archivoltas, ó coronado con extrañas cornisas las arquerías; pero el capitel, que es el que más carácter imprime, y cuya sustitución es tan difícil, conserva en sus numerosas variedades las huellas del gusto de los siglos bárbaros que precedieron á la dominación árabe y los progresos que bajo la influencia del bizantino realizaron en construcciones como la de los palacios de Medina Azahra y otros. El piso de los antiguos patios de Córdoba se halla generalmente, empedrado de finas guijas,

á cuadros de distintos matices, y, bañadas en un ambiente de vetustez venerabilísima, muéstranse á la radiante luz vejesces tan sagradas como esos escudos bordados en las antiguas gloriosas banderas, cien veces hinchadas por el viento de las victorias, saturado con el vapor de nuestra sangre.

Durante los crepúsculos y las noches el patio es el lugar sagrado donde la poesía crea los ensueños que, aposentándose en el corazón, comunican la nostalgia del vago y brillante mundo por que suspiran en sus cantares aquellas mujeres poseedoras del secreto de una instantánea seducción.

En el crepúsculo de la mañana, cuando la atmósfera, despejada de los fantasmas de la noche, vibra con las radiaciones de la purísima y dorada luz del alba, estremecida por un como hálito seráfico que espiritualiza desde el remoto azul de los cielos hasta el color de las

fragantes flores, las tintas de los muros, las penumbras de los batientes de aleros y frondas, los vagos perfumes de azahares y rosas, los matutinos rumores de la ciudad, que, fundidos en el diapasón que da el canto eterno del Guadalquivir, ora se individualizan como variaciones de un motivo, ó se funden acariciando el alma con esas voces que toma la esperanza cuando insinúa cosas inefables; el patio, para las almas que se sienten hermanas de las cosas y perciben los diálogos de lo invisible, es como un espacio sonoro donde se repiten los ecos del himno que entona la creación en los dos más solemnes momentos del día.

La siesta, la hora de la siesta en el entoldado patio; cuando, bajo la sensación del asfixiante calor que abraza las campiñas, se baña el cuerpo con delicia en la fresca, húmeda y callada sombra, henchida de cuchicheos sen-

suales, cayendo en una somnolencia letárgica de que sólo se eximen la imaginación y sus servidores los nervios, que escudriñan y acarician hasta los pétalos de la flor más oculta; penetran en el jugoso tallo del plátano y acaricia como arco de violín las esbeltas curvaturas de sus hojas; absorben la luz en las gotas de agua posadas sobre los geranios; se extienden como vaho por el húmedo empedrado y visitan en sus barrocos escondrijos á los microscópicos habitantes alojados entre guijas; piquetean con los peces en la trasparente linfa de la fuente; se asoman al surtidor, cuya fuerza, mitigada por el genio de la siesta, apenas llega á mantener sobre los bordes del caño vertical el segmento esférico que produjo un último impulso del manantial refrigerado; llevando, en fin, al alma, replegada en el cuerpo indolente, por una difusión del tacto, cuanto puede hacer sabrosa su languidez,

es como un trasunto del mágico edén oriental.

Durante el crepúsculo de la tarde, el patio, como en la mañana, descorre, harto de sueño, su párpado, abriéndose al cielo, con cuyos aires arriban á sus rincones los melancólicos ruidos de la tarde, preludio de aquellas noches de Andalucía tan serenas é impregnadas de divinos ensueños, que provocan aquel estado de ánimo de los poetas y magos caldeos en el que la vida es como un éxtasis, mediante el cual el alma descifra todos los misterios: los del infinito, poblado de mundos brillantes y animados, cuyas luces vibran con las grandiosas cadencias de un himno; los que revelan la unidad del gran todo, en el que penetran nuestra carne y nuestro espíritu, sintiéndose hermanos del astro y del insecto; del éter y del cieno; y el supremo misterio, el del amor, que como ley de la vida florece en el alma con toda su infinita grandeza siempre quo sienta

en el majestuoso silencio de la noche la fuerza que todo lo impulsa, obligándole á proclamar que amar es vivir, es confesar á Dios, poniendo la voluntad y la vida en la obra de la pereñne juventud que se levanta, verdadera ungida del Señor, sobre las ruinas y cenizas de la muerte.

CORDOBA

EL PATIO DE LOS NARANJOS

CÓRDOBA

El Patio de los Naranjos

El patio de los naranjos es el atrio de la gran mezquita de Abd-el-Ramán y Almanzor. Constituyen atrio y mezquita un rectángulo

de cerca de doscientos metros de Norte a Sur, y unos ciento cuarenta de ancho. Hállanse apriisionados ambos amplísimos espacios por fortísima muralla de más de seiscientos metros, defendida con torres albarranas, cuyas endentadas almenas, del más puro corte asirio, proclaman en estos días de decrepitud y cansada civilización la sencillez del arte primitivo caldeo. Más de seis mil años de existencia no han quitado a tan sencillo elemento decorativo un átomo del misterioso interés con que los ángulos de estas almenas endentadas se destacan sobre los cielos meridionales y en su atmósfera caldeada y palpitante.

La mezquita es una maravilla que poseemos y por eso no estimamos cuanto merece. Al arte oriental debe su planta y su mágico desarrollo, especie de vegetación creada con el jugo de la fantasía siempre ardiente de los pueblos nómadas que cuando dejan las tiendas no se

contentan con menos que Medina Azahra, la Alhambra y demás maravillosos delirios de arquitectura que aun existen en Oriente y en España. Los canónigos cordobeses, que contra la opinión de todos erigieron en su centro un templo cristiano, fueron los primeros eclécticos en arte, iniciaron la serie de aproximaciones del espíritu oriental y occidental que en la moderna conciencia cristiana se funden, pues que vivimos como positivos romanos y sentimos con la amplitud y fraternal calor del divino Nazareno. Hoy, el órgano cristiano que en Burgos y Toledo infundió en los pechos de nuestros guerreros el valor con que rechazaron las devastadoras legiones mahometanas, inspira a Mateo Inurria que acurrucado en un ajimez, suspendido bajo las bóvedas incrustadas, ó á lo largo de muros cuajados de ataurique, va devolviendo con sagaz espíritu todo su prestigio oriental al incomparable monu-

mento en cuyo espacio se confunden muchas antitéticas grandezas. La arquitectura árabe y la cristiana. El sensualismo oriental y el occidental, ó sea el Renacimiento.

Para tal templo, átrio tan magnífico como el patio de los naranjos, de ciento treinta y cinco metros de longitud y unos setenta de ancho. A su costado Sur afluyen las diez y nueve amplísimas naves que de Norte á Sur forman la mezquita. Los otros tres ofrecen al público bellísimos claustros, cuyos elegantes arcos, peraltados, se hallan sostenidos por columnas de la misma clase y procedencia que las de la mezquita. Desde una de las puertas exteriores, la de Santa Catalina, disfrútase de la vista del amplio paseo cuadrangular, empedrado con finas guijas, que rodea los tres jardines en que se halla dividido; de la frondosidad de los naranjos que purifican y embalsaman el ambiente; del encanto que prestan á sus perspectivas

las palmeras y las fuentes. La torre, aunque elegante, no hermana con el resto del monumento. El alminar, al que sustituyó, era una maravilla de construcción, obra de Au-Nasir, y célebre en el mundo por su extraordinaria altura y el carácter árabe de su ornamentación.

El patio de los naranjos es uno de esos lugares sonoros de nuestras patriarcales ciudades agrícolas en que repercuten todos los ecos suaves y vagos que permiten como asistir sin molestias á la vida de toda la ciudad. El ruido del río, estrellando sus aguas sobre los machones del grandioso puente romano y sobre las monumentales presas de los molinos árabes, es el bordón sobre cuya gravedad se destacan los ecos agudos y errantes de la lejana locomotora, las cornetas del regimiento en maniobras, la esquila del convento que llama con locas prisas á los beatos, los plañideros é historiadados pregones de vendedores ambulantes, el